

Estamos al filo del año; tiempo de reflexion, balance y proyección.

Cerramos el año, por cierto irregular en nuestros despachos, pero nos lanzamos al ciberespacio; fue una experiencia que nos sirvió y esperamos ayudo a Usted lector@ en algo en sus análisis.

Las decenas de articulos que producimos este anho los podra encontrar en nuestra pagina WEB, debidamente ordenados por mes. (ver <http://www.cedib.org>, en la seccion PUBLICACIONES - Boliviapress)

Agradecemos la colaboracion especial que recibimos del prestigioso periodista Waldo Peña Cazas, quien durante los ultimos meses nos entrego cumplidamente su aporte semanal; aportes de un hombre que conoce Bolivia y cuya sensibilidad nos motiva a seguir caminando.

Para dar continuidad a nuestro Boletin, le rogamos llenar un pequeno formulario que mandamos adjunto al presente boletin. Nos ayudara en el replanteo de nuestra labor.

Hoy, pocos dias despues de la Navidad, le hacemos llegar un articulo del investigador Ramiro Velasco Romero, que extractamos del periodico Los Tiempos del 26 de diciembre (version Internet); un articulo relevante e impactante que refleja otra cara, diferente, de la Bolivia "moderna" y "capitalizada".

Gracias por haber compartido con nosotros este primer anho de BOLIVIAPRESS; con su ayuda e interes llegaremos al proximo milenio con mayor fuerza... de esto estamos seguros.

Permitenos repetir aqui el contenido de nuestra tarjeta de Fin de Año:

FELICES FIESTAS

Responsable de Edicion
Maria Lohman

= = = = =

UNA ESTAMPA DE NAVIDAD

En alguna de estas tardes de fin de año, apiñadas de gente y de automóviles, retuve mi atención en la densa muchedumbre de pordioseros que inundaba las calles.

De tanto ver, la mirada se vuelve contemplativa y la pobreza aparece como un drama connatural o como parte del paisaje desgarrador de estos países que las ironías de un mundo desigual han casi destinado a estos destinos cataclísmicos.

Dividido como está el mundo entre países ricos y pobres, se acentúa también la división entre los hombres de un mismo país. Los de arriba solo perciben la miseria en el vértigo de los abismos, entre las cosas sin nombre, que son incurables y que pertenecen a los más oscuros, ajenos y recónditos sótanos de la vida humana.

Pero sucede que, pese a todo, nunca había visto, como en este último diciembre, tan espantosa evidencia a escala gigantesca, aterradora e inhumana, de una pobreza tan compacta, inmensa y ambulante, casi multitudinaria.

El ejército de los limosneros ha crecido, aunque las cifras oficiales se resistan a admitirlo. Crece siempre, brota, se expande y extiende como una mancha de aceite. Esta pobreza, victoriosa y trágica en su resistencia, rechaza todo esfuerzo de disimulo, es ostentosa.

Desafía con su sinceridad; desnuda a las recatadas hipocresías que quisieran ocultarla piadosamente a buen recaudo y distancia de todo sentimiento humanitario herido por esta exhibición cruda e indeseable. Exhibe su soberanía indecorosa, mostrando sus llagas obscenas en las calles, parques, paseos, prados. Los limosneros están en todas partes, desmintiendo con su sola presencia todas las solemnidades inútiles con las que se disfraza el espíritu humano: el consuelo narcotizante del púlpito o el rito envejecido de la limosna que solo hace ganar indulgencias a los espíritus beatos.

La pobreza tiene color, rara vez es blanca, casi siempre es negroides o está impregnada de los tonos agrestemente oscuros que tiñen la tez árida del indio. Nuestra pobreza es absoluta, ha llegado a la frontera del hambre irresuelta, reservada solo a las agonías largas que no caben en ninguna racionalidad social de tiempos modernos.

Es geográfica y demográficamente identificable. Proviene casi siempre de los yermos secos y áridos castigados por las sequías. La mayoría de los pobres llega del campo a la ciudad expulsada por el páramo, por el vacío, por la erosión definitiva de la tierra depredada que se torna inservible para hospedar al hombre. Por la hostil repugnancia mutua que se produce entre el hombre y la naturaleza cuando ya no existe la posibilidad alguna de intercambio entre la vida y las cosas. Es como la náusea sartreana del ser ante la nada.

Para estos parias que sobreviven precariamente en la ciudad, la vida misma es una aventura desventurada, una proeza desdichada que ha perdido sentido. La

pobreza, además, aparece trajeada con sus túnicas oscuras y ocre, de color tierra, de antiguas evocaciones precolombinas intactas e invictas a lo largo de los siglos.

Es como si la pobreza, aunque desharrapada se hubiese uniformado, como una legión interminable en un paisaje apocalíptico que solo se reconcilia con la desgracia.

Miles de manos ansiosas se tienden unánimes sobre el transeunte o tratan en vano de detener los automóviles. La pobreza florece en las puertas de los templos, hormiguea en las esquinas donde los semáforos obligan a una pausa al conductor, trajina masificada.

La magnitud del problema ha obligado a las ciencias sociales a producir toda una generación de especialistas en la pobreza. Estos expertos temen que el drama se proyecte a la "ciencia ficción" como en los modelos irreales pero posibles de la literatura futurista. Como futuro terrible, irracional y atroz y, sin embargo, contemporáneo de civilizaciones estupendas, inauditas e inhumanas. No sin profundas premoniciones, el Banco Mundial, la FAO y toda clase de instituciones mundiales están financiando estudios sobre la pobreza que permitan "mediciones" y "clasificaciones".

(de: Los Tiempos 26/12/97)

AUTOR: Ramiro Velasco Romero